El buen vidriero

Generador de luz
Llegamos a la fábrica y cargamos la máquina
en la camioneta destartalada por años
y años de uso. El aparato no funciona
no lo sabríamos sino hasta después
del primer corte de luz en la casa:
mucho bochinche, un motor que cuesta
arrancar de buenas a primeras, hierros pesados
circundan los interruptores vitales
y brillan en la oscuridad como una
antena de Direct Tv en lo alto
de la casilla más precaria. Así y todo
el problema fue el trabajo agotador
del traslado de la máquina
de un lugar a otro: mientras me pedías
la mayor atención y cuidado
me distraje mirando
las muestras de vidrio en la oficina.
Unos trozos de distintos cristales
para ofrecer al público:
stipolite, acanalado, martelé ámbar
ventanas pequeñas aferradas a la pared
que parecen completar el rito
salvaje con el que ingresás al mercado.

***

Demoramos horas en armar la mesa desplegable
por culpa de un tornillo que quedó sin su lugar. Ahora
es una mesa con cuatro patas de aluminio pintadas de negro
bastante flexible, que inspira una fragilidad poco común

por lo que nos movemos con delicadeza alrededor de ella
como si se tratara de un monumento sagrado. El cielo
se oscureció de repente como en toda noche de verano:
más que noches las de esta época son
extensiones del atardecer cuyo ritmo lo marcan
las Quilmes que fuimos destapando una a una.
Ya relajado, contaste una vez más la escena de la mueblería.
Fue un momento en el que nos desencontramos por completo
en el amplio local lleno de lámparas y camas costosas.
Vagaste por estrechos senderos, esquivando
amables vendedores, señoras despreocupadas
hasta que notaste la mirada incisiva del guardia de seguridad
con los brazos cruzados y el uniforme blanco.
Te acercaste lentamente hacia él para susurrarle
no soy un chorro, eh, estoy buscando a mi familia.

***

El buen vidriero

Tuvimos que subir siete pisos por la escalera
porque el ascensor todavía no funcionaba. En lo alto
del edificio la arquitecta nos indicó rápidamente
los detalles faltantes: un pequeño vidrio interior
en el cuarto piso, todos los estantes del baño del octavo
sellar el ventanal del living del último departamento.
En una hora más o menos terminamos de agujerear
y colocar los estantes, el vidrio chico del cuarto
no nos costó gran cosa de manera que dejamos
lo más sencillo para lo último: la silicona en el marco
de la ventana para que no filtre el agua de la lluvia.
Es un ventanal inmenso que da a la avenida principal
que está junto al Paraná: el aire en los pulmones
se nos llena enseguida cuando vemos la ciudad
desde acá arriba, tan quieta y serena desde siempre.
Después de haber dejado todo listo en la punta del edificio
tiramos las herramientas por ahí y aprovechamos
los minutos muertos del mediodía para ver
cómo la naturaleza del río nos convierte en otras personas.

***

Todas esas botellas apiladas
en el último rincón del patio
forman tu primera obra de arte
una pirámide perfecta
que enseñás con orgullo
a cada invitado que atraviesa
la puerta de la cocina.
Todavía recuerdo
cuando colocaste el eslabón
que dio por finalizada la arquitectura:

un vino de 15 pesos, comprado
en el almacén de Pedro.
Esa noche
muy en pedo y con el rostro
desencajado me dijiste
cuando busques una chica
que sea con el corazón
y no con las bolas
como hice yo.

***

Alguna vez me preguntaste, mientras caminábamos por la peatonal Dragones del Rosario –así la bautizamos porque todo el mundo camina por la calle como si se tratara de un paseo turístico– si me había olvidado del canto de los grillos. Cómo me voy a olvidar, te respondí. Pero era mentira: los grillos siempre me fueron bichos indiferentes, a medio camino entre el miedo que provocan las cucarachas y la fascinación que producen las hormigas. Tu pregunta me pareció rara, incluso, porque sabiendo muy bien que yo escribo tal vez pensaste que sonaría poético, que le otorgarías a nuestra caminata hasta el supermercado tu mirada estética sobre las cosas y aún más: que sería, después de todo, un momento solemne, ideal. "Hace tanto que no venís... ¿ya te olvidaste del canto de los grillos?". Y a pesar de que en ese momento, en que el sol desaparecía por detrás de las casas bajas de nuestro barrio, no entendí que aquella actitud tuya tan forzada, llena de afectación y lejanía, iba a encontrar lugar en estas palabras, pienso ahora en el canto de los grillos y siento la misma indiferencia.

Derian Passaglia